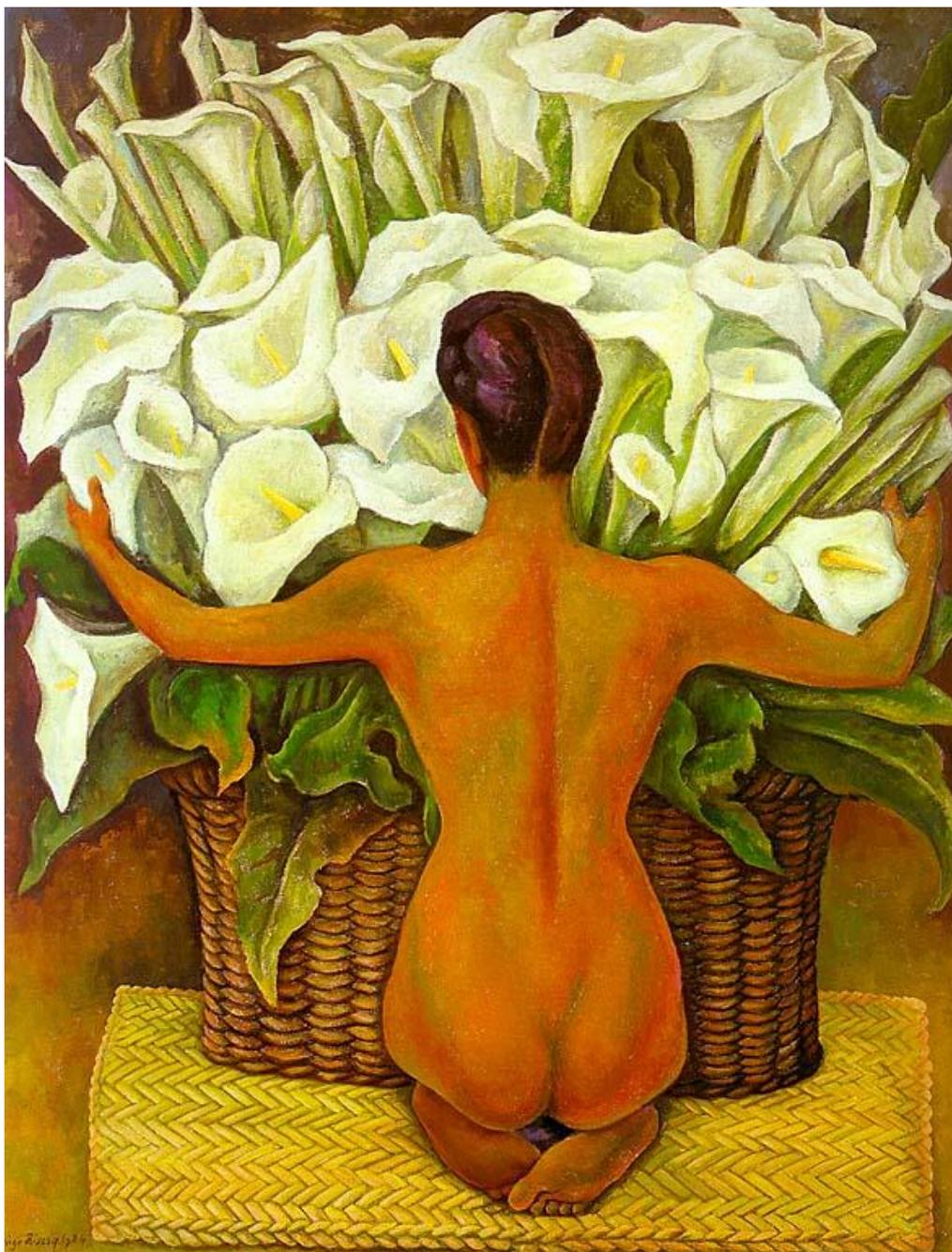


REVISTA LITERARIA KATHARSIS

EL SILENCIO DEL CHUPAMIRTO

---

James Powell



Digitalizado por *Revista Literaria Katharsis*  
[http:// www.revistakatharsis.com/](http://www.revistakatharsis.com/)

## El silencio del chupamirto<sup>1</sup>

El trote de dos burros sobre el camino pedregoso, el sonido metálico de las campanas de la iglesia, los ruidos de los motores de los coches y radios –todo se ahogaba en el estruendo del silbido de la locomotora, que gemía y chirriaba en su bajada desde la ciudad de México. Santiago vestía de forma impecable un traje de lino blanco, abarcó con la mirada el paisaje: las blancas torres de las iglesias en las plazas, los colores de huidizos papagayos, las ramas de árboles cargadas de cuervos, una chica descalza de pie quieta entre los girasoles.

La primavera acababa de comenzar y Santiago estaba deseando visitar a Enrique, su compañero de clase de la universidad de México, que vivía en un pueblo pequeño en las montañas de Vera Cruz. Santiago se había criado en una gran ciudad colonial, tenía algunos antepasados europeos, y pensó que sería divertido ver como vivían los mexicanos de sangre india en el campo.

Las ventanas del tren no tenían cristales, de modo que cada kilómetro que pasaba, las ráfagas de aire se hacían más calidas y húmedas y Santiago comenzó pronto a sudar copiosamente. No tenía nada para limpiarse la frente salvo el dorso de la mano y, no pasó mucho tiempo antes de que su malestar le obligase a quitarse la chaqueta y desabrocharse el primer botón de su camisa. Dos asientos delante de él un campesino dio un sorbo de una cantimplora y, empezó a lamentar el haber elegido la ropa que llevaba.

Tuvo la impresión de que el tren no iba a llegar nunca, porque mientras el traqueteo del tren aminoraba para parar en cada pequeña ciudad, comenzó a pensar que todas las ciudades pequeñas eran exactamente iguales y empezó a sentirse impaciente –no sólo por el recorrido del tren sino con la idea misma que tenía de México. Santiago contemplaba el paisaje con sus ávidos ojos azules. Su abuelo era español y, este hecho, le había llevado siempre a considerarse como si estuviese por encima de los mexicanos comunes y corrientes. Y así, aburrido de contemplar el paisaje mexicano mientras pasaba, Santiago comenzó a soñar despierto sobre un hombre orgulloso –su abuelo- que escribía hermosas poesías y creaba bonitos diseños para telas en la fabrica donde trabajaba, que bebía y reía con sus amigos artistas hasta bien entrada la tarde en los cafés llenos de humo y en como se había casado con una belleza de la ciudad –Natalia. Pero Santiago soñaba sobre todo en la forma que tenía su abuelo de hablar con Natalia: en todo su matrimonio, sólo le habló en cinco ocasiones.

Siempre que pensaba en su abuelo este hecho le cautivaba, mientras el estruendo y los chirridos del tren ahogaban los sonidos de las campanas de la iglesia y pasaban los ríos, el pensamiento del silencio de su abuelo ahogaba los sonidos del tren. Santiago pensó en su abuela –su frágil y blanco rostro aún hermoso, adornado con encajes negros– explicando que su abuelo le había hablado cada una de las cuatro veces después del parto

---

<sup>1</sup> *Chupamirto*: 1. *m. Méx.* colibrí. 1. *m.* Pájaro americano, insectívoro, de tamaño muy pequeño y pico largo y débil. [*N. de la T.*]

cuando le llevaba a su nuevo hijo recién nacido en sus brazos. Ella le enseñaba el niño y él sólo decía «¿De que color son los ojos?»

El abuelo de Santiago se fijó en ella cuando era una niña de doce años. Despertó su interés porque era la hija de uno de sus amigos –un pintor. Cuando le dijo al artista que quería casarse con su hija, el hombre se negó. Por eso, el abuelo de Santiago tuvo que esperar que la chica cumpliera los quince años para poder hacerla su esposa. Fue en la fiesta de su quince cumpleaños cuando ella bailó por primera vez con él. Y eso había sido todo para ella. Sus movimientos eran tan fluidos como un río, y ella se sentía flotando entre sus brazos.

Una vez casados, la vida de él había transcurrido en el silencio. La amaba y ella le amaba. Pero él la dirigía sólo con sus ojos. Sólo le hablaba con los ojos. La seducía, la regañaba y la consolaba con miradas. Y en ese silencio aprendieron a beber de las profundidades de las fuentes de la existencia.

Después de vivir juntos durante algunos años, un día Natalia contrató una viuda mayor para que le ayudase en las tareas domésticas. Cuando el abuelo de Santiago llegó a casa vio a la mujer -había estado en una fiesta con sus amigos. Entonces se dirigió a su esposa, le dijo que no le gustaban las mujeres mayores, y que tendría que despedirla. Esta fue la quinta y última vez que le había hablado.

Pensaba hacia tiempo que su abuelo era una gran persona, y él quería también poder casarse con una chica preciosa, vivir con ella en silencio, y poder seducirla y regañarla sólo con sus ojos azules.

Cuando el revisor grito «Acatlan» Santiago estaba empapado en sudor de pies a cabeza.

## §

Lo primero que le llamó la atención a Santiago del grupo de hombres en la estación – vestidos con camisas playeras blancas y pantalones – era que todos llevaban un cinturón de cuero, una funda y una pistola. Enrique le dio la bienvenida con un sudoroso apretón de manos, y Santiago, echando hacia atrás la cabeza y riendo, señaló a las pistolas de sus amigos y bromeó, un poco nervioso «¿Esperáis bandidos?», los hombres sonrieron a Enrique y este a su vez les miró sonriendo. Después todos se rieron. Los dedos de Enrique se deslizaron sobre la culata de su pistola. La sacó lentamente de su funda, la sostuvo en alto, examinando el brillo del cañón en la fuerte luz del sol. «No, amigo» sonrió «Sólo las usamos para matar a los monos que entran en los huertos.»

–¡Ah! -se rió todavía un poco nervioso, dando palmadas en la espalda de su amigo, - ¡Monos!- los otros hombres también se rieron, y Enrique cogió una de las maletas de Santiago. Miró a su amigo de pie con su camisa empapada de sudor, sosteniendo la chaqueta del traje en sus manos.

–¿Esperas al Presidente?

Todos se echaron a reír de nuevo, y a continuación se produjo un momento de silencio embarazoso.

–¿Hace calor? –le preguntó Enrique.

–Sí, sí... Estoy empapado. ¿Hay algún sitio donde pueda tomar una ducha?

–Vamos –le dijo Enrique.

Santiago cogió su otra maleta y el grupo caminó calle abajo por un camino sucio que atravesaba el pueblo. Los edificios eran de muchos colores: amarillo brillante, rosa, rojo y muchos tenían dos o tres plantas. En el segundo piso había grandes balcones con barandillas de hierro con adornos. Casi todo el mundo le saludaba a Enrique, y mientras pasaban, los hombres y las chicas miraban al dandi que andaba con la chaqueta blanca del traje sobre el hombro, y que se movía como un puma.

Más allá, del último edificio, Santiago vio la carretera sucia que daba a un huerto de mangos. Incluso a la sombra hacía calor, mientras caminaban por la luz moteada. Al otro lado del huerto, la carretera conducía a una hilera de follaje y a un puente. Pasado esto, en la lejanía el horizonte era un perfil de montañas.

Los hombres caminaban carretera abajo hacia el puente. Cuando llegaron a él, sus botas sonaban sobre las tablas de madera. Se pararon y se asomaron por la barandilla. El agua que manaba de las montañas era limpia y parecía fría. Uno de los hombres se aclaró la garganta y escupió en el agua. Santiago escuchó voces que venían debajo del puente. Se asomó y miró debajo. Un camino salía de la carretera y bordeaba debajo del puente. Donde hacía sombra junto al agua, parecía fresco, y los hombres y chicos holgazaneaban allí –algunos nadaban, otros se sentaban desnudos en la sombra. Otros fumaban cigarrillos. Más lejos de los juncos poco profundos la corriente era rápida, y él podía divisar las formas oscuras de la aleta un pez grande silenciosamente.

En la orilla opuesta, más allá de los juncos, y mudas por la distancia –los chillidos de las chicas se oían sobre el sonido del río. Santiago podía verlas a distancia moviéndose entre los juncos, y algunas de las chicas nadando en el río abierto.

–¡Es estupendo! –dijo Santiago.

–¡De acuerdo, venga, saltemos al agua! –le dijo Enrique. Cogió una de las maletas de Santiago y Santiago la otra, y los hombres comenzaron andar por el camino que conducía debajo del puente.

La ventana del cuarto de invitados daba huerto de mangos, próximo al río. En la pared había un nicho con una estatua pequeña de la Virgen. Santiago estaba descansando en la cama, charlando con Enrique, cuando una belleza de pelo negro entró en la habitación.

Santiago y Enrique se pusieron de pie «Santiago, te presento a mi hermana» Santiago la miró a sus luminosos ojos marrones. Él asintió cordialmente, pero sin hablar.

Lo que le llamó la atención a Santiago fue el momento en que la vio, fue como si hubiese recibido una descarga. La madre de Enrique trajo una vela y la puso en el nicho de la pared, y Rosa se tumbó en la cama donde él y Santiago estaban recostados y comenzó hablar con Enrique mientras él escuchaba, hablando sin parar sobre un lugar en la costa, lejos, donde crecen las palmeras y el mar azul se estrella en la orilla y la blanca arena se extiende por millas y millas. Hablaron sobre las sombras oscuras de los peces en el río y de las serpientes flecha de la selva y monos en los huertos de mango y sobre un anciano que tocaba la guitarra dulcemente en la plaza de la ciudad, y sus propias sombras bailando en un jardín de llamas apagadas, mientras, Santiago se encontraba ahogado por la hinchazón de sílabas húmedas subiendo y disminuyendo entre la risa de Rosa y el desnudo destello de sus ojos. Un poco más tarde los tres se quedaron dormidos, rodeados por la noche y el inmenso aliento de la selva.

### §

Santiago sueña con una misteriosa mujer que aparece siempre en sus sueños y sueña que la lleva a la costa. Siguen una carretera sucia que les conduce a un pequeño pueblo de pescadores. Santiago se pone de acuerdo con una pescadora del pueblo para que les sirva el desayuno a la mañana siguiente. Después, él y la misteriosa mujer se quitan los zapatos y andan en la arena, lejos en la playa, donde están completamente solos.

La noche llega con sus miles y miles de estrellas y las olas se estrellan en la arena.

A la mañana siguiente, la mujer mexicana trae una cesta con tamales dulces, judías, pescado, salsa y mango. Ella sonríe un poco cuando ve las marcas que los dos cuerpos han hecho en la arena durante la noche. Después se marcha.

La mujer misteriosa coge una hoja de palmera de un árbol, arrodillándose en silencio ante ella, la extiende. En silencio, como si se tratase de un altar, ella coloca los tamales, las judías, el pescado, la salsa y después el mango.

Santiago se ve a sí mismo arrodillado al otro lado de la hoja de palmera mientras comen en silencio.

### §

Al día siguiente Santiago estaba flotando en la corriente del río, más allá de los juncos, cuando apareció Rosita de un remolino azul, el pecho desnudo, con la cintura

completamente sumergida en el agua. Santiago la vio y se puso de pie también, sus ojos mirando al cielo, sus manos en frente de su cuerpo, cubriendo su hombría, en la postura de Adán.

—¡Ven a nadar conmigo! —le hizo señas Rosa.

Santiago bajo su mirada fija durante unos momentos. Sus ojos bebían del cuerpo moreno de Rosa barnizado con agua del río, de sus ojos tentadores y su sonrisa. Él comenzó a decir algo, pero se sumergió en la corriente. Nadando debajo del agua, corriente abajo sólo podía oír el sonido de los latidos de su corazón.

### §

En Acatlan, como en la mayoría de las ciudades mexicanas, la iglesia preside la plaza de la ciudad. Los domingos después de la misa, es normal que los aldeanos se congreguen en este lugar. Después de que las campanas de la iglesia dejan de sonar, el anciano toca su guitarra, las familias pasean, y los jóvenes se ocupan —en el ritual del cortejo— de las chicas que pasean en sentido contrario de las agujas del reloj alrededor de la plaza, mientras ellos pasean en sentido contrario.

Si eres joven, y paseas delante de una chica y ésta te da una violeta, es algo normal. Es un signo de amistad.

Si otro día paseas y te cruzas con ella y te da otra violeta, significa que le gustas. Es algo más que una simple amistad.

Un joven puede conocer a una mujer durante meses, incluso años, y sólo recibir dos violetas de ella.

Pero si un día pasas delante de ella y te da una tercera violeta, significa que quiere pasear contigo.

Santiago se aficionó a este ritual, con todas sus sonrisas, miradas, desinterés fingido, flirteos silenciosos y flores —él no necesitaba decir nada, solamente moverse —como a través del aire-imperturbable.

Y fue después del ritual, después de que Rosa le diese su tercera violeta, cuando paseó solo con ella por primera vez. Deambularon por la ciudad, por los huertos, y Rosa le llevó por un camino que atravesaba el follaje a lo largo de la ribera a una alberca profunda con grandes rocas medio sumergidas en el agua. Era un lugar alejado de donde los aldeanos solían ir a nadar.

Se convirtió en costumbre diaria andar hasta allí. Al principio Rosa se reía y bromeaba mientras paseaban, pero pronto aprendió a caminar en silencio, junto a Santiago, escuchando el canto de los pájaros, el sonido de los insectos y percibiendo los movimientos de Santiago, mientras caminaban cogidos de la mano.

De este modo, llegaban en silencio a la alberca, se desnudaban, se sumergían en las frescas aguas y después se tumbaban sobre las rocas para tomar el sol.

## §

La noche antes de que Santiago partiese para Acatlan, Rosa organizó una fiesta en su honor. Como Santiago no bebía alcohol, la madre de Enrique le sirvió café turco en pequeñas tacitas blancas. Habían venido todas las chicas y chicos del pueblo, y cuando la aguja se posó sobre el primer disco, Santiago cogió la mano de Rosa y le condujo al lugar que había sido preparado para bailar. Los jóvenes se apoyaban en las escaleras sensualmente, los miembros húmedos de las doncellas empezaron a deslizarse bajo sus faldas, los cuellos curvados como los cuellos de los violonchelos.

En su ciudad de residencia todos estaban de acuerdo que Santiago desde muy joven era uno de los mejores bailarines, y con su atractivo cada vez que salía a la pista de baile, las mujeres parecían flotar y florecer en sus brazos, como tantas flores. La madre de Santiago empezó a reprenderle por esto, llamándole «Chupamirto» y Santiago le tomaba el pelo diciendo «Quizás yo soy la flor y ellas son los chupamirtos».

Y esta noche no era diferente que en casa. Protegido por la música, Santiago reinó en completo silencio, llevando a cada chica a su mundo, guiándolas a cada una solamente con el tacto de su mano, la flexión de su torso y la insinuación de sus ojos.

El tren de Santiago tenía previsto su salida para dentro de una hora. Santiago estaba sentado con Enrique desayunando huevos rancheros con papaya y té hibisco frío cuando Rosa entró en la cocina.

—¿Quieres venir a la estación con nosotros? —Le preguntó Enrique.

Rosa sonrió, se detuvo un momento y después le dijo a Santiago.

—Cuando veas lo que hay encima de tu cama quizás no desees marcharte—Después se marchó apresuradamente.

Santiago miró a Enrique y este se encogió de hombros. Santiago se levantó de la silla y subió las escaleras a la habitación de invitados. La puerta de la habitación estaba cerrada. Puso la mano sobre el tirador y lo giró, abrió la puerta y vio sobre su cama docenas de lirios de agua, uno por cada chica que había estado en la fiesta.

Santiago se quedó y no cogió el tren de regreso ese día. Él y Rosa continuaron cada día yendo a la alberca secreta del río, donde ellos se desnudaban, se refrescaban en el agua y después tomaban el sol en silencio.

Un día, mientras Rosa estaba medio dormida en una roca al lado de Santiago, le despertó un repentino zumbido. Junto a la piscina crecía una platanera y sobre ella revoloteaba y sorbía un chupamirto por encima de ellos. También, atraída por la flor, una avispa intentaba alejar al chupamirto, pero éste era más ágil, bailando alrededor de su agresiva competidora mientras sorbía de la flor.

Santiago y Rosa miraron hasta que el pájaro bebió hasta hartarse. Después, de repente, Santiago comenzó hablar. Comenzó contándole una historia sobre su madre, cuando él y su hermano la visitaron después de la muerte de su abuelo. Dijo que estaba sentado con su hermano hablando con su madre cuando ella se marchó a su habitación disculpándose. Desde donde ellos se encontraban sentados podían escuchar como ponía un disco. Escucharon la aguja tocar el vinilo y ese sonido chirriante antes de empezar a sonar la música. Era una de las canciones favoritas de su madre: «Lisbon Antigua». Santiago dijo que su madre comenzó a cantar con la música. Resultaba extraordinario –enfaticó él. Según Santiago, era la primera vez que la oían cantar.

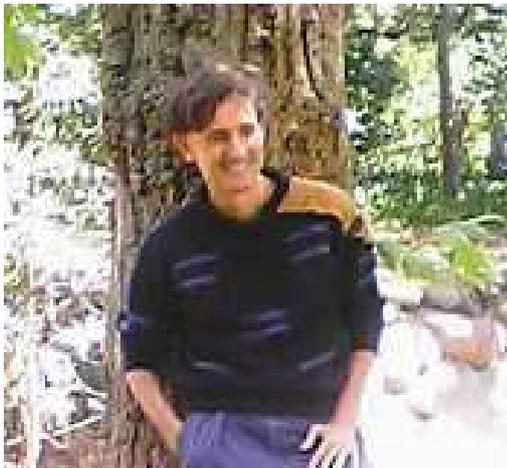
Hubo una pausa

Rosa podía escuchar su corazón palpitando alocadamente, pero trató de mantener la calma. –¿Cómo... cómo era la música? – tartamudeó.

Se produjo otra pausa. Después, con dulzura, Santiago comenzó a cantar la letra.

Rosa no dijo una palabra. No respiró. Permaneció completamente quieta.

## Perfil biográfico



**James Newton Powell**, de descendencia Cherokee y galesa, nació en Colorado pero ha vivido en Santa Bárbara, California, casi toda su vida. Algunos de sus libros son: *The Tao of Symbols, Energy and Eros, Derrida for Beginners, Postmodernism for Beginners, Eastern Philosophy for Beginners, Deconstruction for Beginners, Mandalas: The Dynamics of Vedic Symbolism, and The Prentice Hall Global Employment Guide*.

La traducción al japonés de su libro *Energy and Eros* inspiró al conocido autor Hiroyuki Itsuki a escribir dos libros *Silent Love* y *Twelve Chapters on Love*, que desafía las atroces e inhumanas imágenes de sexo que con frecuencia se proyectan en los medios de comunicación japonesa. Estos tres libros han servido de referencia para lo que se ha dado en llamar en Japón como Sexo en Polinesia (ポリネシアンセックス), que ha provocado allí una apacible revolución sexual. La traducción al español de *Energy and Eros* estará pronto en la página Web de Powell: [polynesianlove.com](http://polynesianlove.com)

**James N. Powell**  
[coyote@west.net](mailto:coyote@west.net)

**Copyright ©2006 James N. Powell**

**Revista Literaria katharsis, 2006**

Depósito Legal: MA-1071/06

**Edición digital © Copyright Katharsis 2008**